PERIODICO

Universal

SECCION

Cultural

REPORTERO

MONICA MAYER

LUGAR

México, D.F.

FECHA

29-XI-97

inSITE 97: una incitación

MONICA MAYER

(Primera parte)

Hay proyectos, como inSITE 97 que me incitan a reconciliarme con el arte. Aunque usted no lo crea, con frecuencia me cuestiono para qué sirve el arte. A veces, cuando veo que el mundo es un desastre y la violencia parece ahogarnos, me pregunto si dedicarse al arte no será una forma de evadir la responsabilidad que todos tenemos de cambiar las cosas. A veces, con sus grillas absurdas, sus asfixiantes valores mercantilistas y sus eternas luchitas por el poder, mi gremio me parece obscenamente frívolo. A veces, como artista, ante la dificultad y la futilidad de aportar algo fundamental al caudal visual, me pregunto si no sería mejor dedicarme a resolver problemas más urgentes. Por fortuna, de vez en cuando hay artistas y proyectos que, como inSITE, me recuerdan que el arte es de las pocas actividades que logran apaciguar a las bestias que todos tenemos adentro y las que conjuramos cuando estamos en bola, como son la intolerancia y el aislamiento.

inSITE es una trienal de instalaciones y arte conceptual en la que participan artistas de nuestro continente bajo el auspicio de una red de instituciones liderada por el CNCA a través del INBA e Installation, institución no lucrativa dedicada a promover el arte en San Diego, California. Las cerca de 40 obras expuestas tanto en México como en EU, han sido producidas en forma individual o en colaboración con otros artistas o equipos de producción. Pero el proyecto inSITE es más complejo. Además de patrocinar la producción de los artistas, mismos que realizan su obra a partir de un par de residencias en el área para conocer su problemática y a sus habitantes, hay un amplio programa de enlace con la comunidad, dirigido a niños, universitarios, a los pescadores en Popotla, a los artistas locales, etcétera, en el que artistas, críticos y escritores han impartido todo tipo de cursos o conferencias y organizado eventos que permiten acercar a nuevos públicos a la producción artística y anclar el proyecto inSITE a la comunidad. Es un placer encontrarse con un proyecto que entiende que para borrar las fronteras entre los públicos y el arte hace falta más que presentar la obra.

Por cuestiones de espacio no puedo escribir sobre toda la obra visitada a lo largo de dos días en museos, comercios y calles. Aunque a inSITE 97 le han agregado la leyenda: **Nuevos proyectos de arte público del continente americano**, casi la mitad de ellos se expusieron en museos o en instalaciones adaptadas temporalmente para presentar la obra. Para mí una característica básica del arte público es su interacción con el observador incidental, con todos los riesgos y retos que esto implica. Y si bien mucho del trabajo de inSITE 97 tiene una fuerte carga política, esto no necesariamente implica que sea público. Aunque en términos logísticos es más complicado abandonar el resguardo del museo, ojalá que el próximo inSITE sea aún más radical, incluso apropiándose de soportes como los medios de comunicación o el transporte público.

De las obras que sí enfrentaron el reto de proponer obra pública hubo las que utilizaron un solo espacio y las fragmentadas, como los dados de granito de Irán do Espirito Santo que acabaron regados por ambos lados de la frontera (aunque ya se volaron varios), los mini campos de golf de Thomas Glassford (por cierto uno de los trabajos mejor realizados tanto por su aprovechamiento de la oficina de turismo de San Diego como por su chistosísimo video) y Eduardo Abaroa con sus cápsulas satánicas distribuidas en diversos comercios en maquinitas de las que expenden chicles y chácharas, y que el público coleccionó ávidamente. Mi preferida entre las obras fragmentadas (por misteriosa y seductora) fue la de cientos de fotografías de preparatorianos en ambos lados de la frontera de Liz Magor que van alterándose durante el tiempo expuestas y lo sorprendían a uno en diversos espacios.

Entre las obras públicas que menos me gustaron, quizá por recurrir a espacios demasiado obvios, fueron las que utilizaron aparadores o ventanas para colocar la obra, entre ellas el rarísimo proyecto de Daniela Rossell, las fotos acostadas de Rebeca Belmore en la marquesina del Casino Theater y Rosángela Renní, cuyas fotografías tomadas por Eduardo Zepeda de mexicanos de todos los estados del país que viven en Tijuana, me recuerda a la serie de Lourdes Almeida sobre la familia mexicana, publicada por Saber Ver. Estas obras podrían exponerse en cualquier lado sin alterar su contenido. Una obra muy interesante, aunque de repente pasaba desapercibida para el público, fueron los dibujos que colocó Christina Fernández en las lámparas del techo de la terminal de autobuses en San Ysidro, sobre historias del ir y venir de distintas familias de Tijuana.